



PREMIOS de RELATOS CORTOS

Los Monegros 2001

**III Certamen
de Relato
Corto (2001)**

1.^{er} Premio

Del lugar sin lugar del infinito

Miguel Sánchez Robles

“Nada nos envejece tanto como la muerte de aquellos que conocimos en nuestra infancia”

(JULIEN GREEN)

No quiero tener sangre. No quiero comer nada. Me dan asco las enfermeras cuando se ríen y les tiemblan mucho sus tetas grandes. Esta mañana me ha dicho ese psicólogo rubio que huele siempre a tiza y a marlboro que todo esto es por culpa de la televisión y de la moda, pero yo sé perfectamente que la culpa es de los hijoputas genes que tengo, sí, los hijoputas genes que tengo y que una noche de noviembre del ochenta y dos me legaría seguramente mi padre después de haber gozado y sudado lo suyo encima del cuerpo delicado de mamá y haberse corrido dentro con esa manera cínica y cerril con la que suele hacerlo todo, haber vaciado a gusto su vejiga seminal en las delicadas trompas de falopio de mi madre diabética y sumisa, de mi madre que le aguantó tanto hasta el día en que la abandonó definitivamente por una peluquera ninfómana de Aluche mucho mayor que él. Estoy convencida de que todo esto me viene de mi padre, de cuando se ponía como loco y le daba patadas a las puertas y gritaba: ¡No hay futuro, hostia! ¡Viva la tabacalera! ¡A la mierda el trabajo! ¡A la mierda con todo! ¡A la mierda Dios!; de cuando se ponía a contar asquerosamente los billetes sucios que traía del póquer y los metía dentro de la jarra beis de la despensa para que estuvieran allí esperándole hasta la próxima partida, porque a mamá casi no le daba nada de perras, o de cuando no traía aquel repugnante dinero y llegaba azarado e irritado y la tomaba con mamá y le gritaba muchísimo o la golpeaba mientras yo lo veía todo y me orinaba quieta, muy quieta, sentada en el suelo sin atreverme a llorar, y yo

sentía la orina desplazarse por el suelo con pseudópodos tiernos hasta ir invadiendo poco a poco los juguetes, poco a poco los vestiditos lisos de mi barbie dos mundos, poco a poco los lápices alpino de colores que me dejaban todos los años los reyes magos en casa de la yaya Juana, poco a poco los blocs de dibujo que siempre había en el suelo de la sala de estar, porque mamá deseaba que yo fuera pintora y me hacía ir los sábados al taller de acuarela del cojo Vox Populi, un inválido calvo que vivía en nuestro barrio y eructaba sin ruido con peste a arroz con leche, y me hacía pintar, siempre pintar, echada sobre el suelo levantando los ojos para ver intermitentemente aquellos dibujos animados checoslovacos con muñecos de plastilina que salían en la 2 y tanto me gustaban. Ahora también me orino, los médicos lo llaman pequeñas pérdidas de orina, han escrito en un papel azulado que han dejado encima de la mesa esta mañana esa expresión bonita: “pequeñas pérdidas de orina”, esa expresión que me gusta tanto como la palabra pseudópodo, una palabra que aprendí para siempre cuando estudié en segundo de bup las amebas y los protozoos, esos seres unicelulares que se mueven tan lentamente suaves en el caldo lechoso que se coloca debajo del microscopio. Ahora también me orino, pero no es como antes, como cuando estaba papá y yo era desgraciada y no dormía bien y soñaba con sangre que se extrae de serpientes y con besos que se disolvían en veneno y con escupir trozos de muchacho muerto. Estoy quieta o durmiendo y entonces pierdo orina sin poder evitarlo. Me tomo esas pastillas azules que me dan a las nueve y me duermo con un sabor de plátano podrido invadiéndome el cielo del paladar y me pongo a soñar que mamá me trae olivas porque quiere que coma y viene hacia mí por un camino con niebla a ras del suelo, vestida de reina doña Sofía, es la reina doña Sofía, pero es mamá también, no sé explicarlo, son las dos pero es una, es mamá que me quiere y no está muerta y llega hasta muy cerca de donde yo estoy y me enseña unas olivas negras y brillantes en el cuenco que forman sus dos manos, es mamá que viene hasta mí como si

viniera del lugar sin lugar del infinito, de ese sitio al que se refiere un verso que una vez leí y no me acuerdo dónde y decía eso: el lugar sin lugar del infinito, y yo no he olvidado ese lugar, al contrario pienso mucho en él y por eso sé que de allí viene mamá, no me dice nada, pero yo lo sé, lo lleva en su sonrisa cuando intenta besarme y me despierto húmeda como si me saliesen unos decímetros de sangre y empapasen mis ingles y mis muslos y me cuesta trabajo durante unos segundos saber en dónde estoy o quién soy o qué tengo, y luego todo se articula solo en mi cabeza como esa caja cúbica de la película *Hellraiser* y me encuentro de nuevo ante esa tristeza de haberme orinado y estar sola, rotundamente sola, en esta habitación sin vistas a la calle. Me pasa que me canso. Me da pena el psicólogo porque es bueno conmigo, pero yo no le hablo. Me da pena la tele, lo que sale en la tele, esa gente tan fea que mastica de todo, tan teledirigida, tan ruidosa, tan gorda, tan respirando tanto el aire artificial del corte inglés. Me dan pena las enfermeras porque cuando se ríen les tiemblan mucho las tetas, se inclinan para arreglarme la cama o tomarme la tensión o quitarme el termómetro y entonces me cuentan cosas graciosas para que yo me ría con ellas y veo cómo les tiemblan mucho las tetas y me viene la angustia, me viene un sabor agrio como a principios de vómito que yo intento ocultar y resistir. Me da pena la otra chica de al lado cuando vamos a rayos y me habla con palabras de persona mayor que no le gusta el mundo y me dice: Somos felices niños programados confirmando que todo funciona, o me dice: Los monstruos que creamos nos reciben a bordo. Me da pena también este tono tan pálido que tienen las paredes. Me da pena el espejo que me escupe deforme y me mira con ojos de triste puta china esa que ya no es yo y que detesto. Es como si viviera con arena en la boca o dormida en la lluvia o como si fuera una anciana con los dientes rotos. Y todo está en la culpa de los genes que tengo, los hijoputas genes que me legó papá con sus brazos de pelo, sus horribles brazos de pelo nauseabundo con aquella horrible pulsera maricona que le gustaba ponerse y aque-

Ilos horribles músculos braquiorradiales y flexores que enseñaba en verano como un turco bastardo y sin conciencia. El psicólogo piensa que soy tonta. Quiere que crea esas cosas ingenuas que me dice. Quiere que coma y escribe instrucciones para las enfermeras de las tetas grandes. Ha ordenado que me quiten las gomas del pelo para que no pueda controlar mi gordura midiéndome el grosor de las muñecas y de los muslos con ellas. Ha ordenado que no me enciendan el televisor hasta que no coma el yogur de limón que tengo desde ayer encima de la mesa de formica. No me van a dejar salir de aquí y reunirme con los demás niños de la unidad de anorexia hasta que no coma dos yogures al día. Yo los oigo jugar al fondo del pasillo. Llega hasta aquí el eco de sus risas tristes. Cierro los ojos y los veo luchando por ser un poco más felices en una habitación que yo imagino blanca y ortopédica, tan blanca como ese trozo de gasa que le ponen a los operados de cáncer de garganta en el hueco de la pelota de la nuez, como el que lleva tío Anselmo, el hermano mayor de mamá, y tan ortopédica como esos hierros brillantes y complejos que ponen alrededor de las piernas tan blandas de los que han tenido la polio, como José Rubén, el primo de la Jennifer. Como no quiero comer me ponen a menudo la sonda y me dan primperan, mucho primperan para la angustia. Entonces pienso cosas. Me siento satisfecha de no haber vuelto a comer un día más y me acaricio con la lengua fuertemente el aparato dental que circunda mis dientes; circunda, otra palabra que me gusta, otra palabra de cuando yo era una magnífica estudiante con muy buena dicción que bebía té y leía mucho a Bécquer. Sí, cuando estoy contenta me chupo con la lengua el aparato de cuatrocientas mil pesetas que me pagó la tía tres meses antes de haber muerto mamá. Lo chupo con placer y escucho el resultado en los rincones. Cuando estoy contenta a veces cierro mis ojos y bailo de manera soñolienta y me gustaría que me viese mamá bailar así descalza con esta enorme bata blanca que me llega hasta los tobillos, estirando los brazos como si volase sobre el mundo, sobre las ciudades amsterdam, sobre las ciuda-

des madrid, sobre las ciudades bilbao, sobre las ciudades barcelona, como si volase sobre las calles desiertas, tan desiertas como después de la extinción de la especie, como si volase sobre los países, sobre la gente encerrada en los países y viendo la televisión de esos países, como si volase sobre los edificios con gente dormida que por la mañana tiene que madrugar para ir a doblar cuellos de pollo a la envasadora de mercamadrid como la tía Julia, la pobre tía Julia con sus manos heridas por la artrosis de desunir merluza congelada, de ordenar en los palés productos lácteos, de doblarles el cuello en un día a mil doscientos treinta y cinco pollos descuartizados para que quepan en el envase blanco de poliuretano con el que los venden en los hiper. Pero en su conjunto no me gusta vivir. Quiero irme de aquí. Sé muy bien lo que quiero. Lo tengo escrito en una carta a Dios que he guardado en el fondo del cajón de los calcetines y las bragas en casa de la tía. Primero la puse dentro del libro de economía financiera, y pensando que sería posible que allí no la encontrase nadie nunca opté por cambiarla, luego la coloqué en los pliegues de la colcha rosa que hay en la cómoda del dormitorio de la tía, pero también pensé que sería posible que no la viese nunca nadie allí, y yo quiero que la lean, que la abuela y tía Julia puedan un día leerla y saber qué me ha pasado, por qué hablaba tan poco y estudiaba tantísimo, y no tenía amigas y no reía nunca y dejé de comer definitivamente una semana antes de las Pascuas de este cacareado año dos mil, que sepan que yo tengo en mi alma una vacilación de no ser nada, de sentirme como una vieja cuchara suiza de tamaño intermedio que alguien ha olvidado en el césped de un camping, de sentirme como esas cenizas grises que se traga la noche, de vivir indiferente y extraña a toda la tristeza que me rodea, la tristeza del tío Anselmo, la tristeza de la tía Julia, la tristeza de la abuela Juana cuando la veo sentada llevándose una mano a la cara y mirando al infinito como queriendo llorar por todo cuanto ha pasado alrededor de ella y de nosotros, la tristeza de lo que echan por las mañanas y después de comer por la tele-

visión, la tristeza también de la televisión por cable de los barrios y de los pueblos pequeños buscando en los programas una poquita introspección de la vida corriente y sin grandeza de esos pequeños mundos intramunicipales, la tristeza del bruto de papá al que hace tres años que no veo, la tristeza del tedio que me daba los viernes, la tristeza de mis compañeros de clase entusiasmados por las pizzas y el fútbol y el ron cola, la tristeza del marroquí del parking que veía todos los días al volver de clase en el solar vacío que hay enfrente de casa, la tristeza que me dan las canciones de Malú, y sobre todo su voz, esa voz desgarrada que desgrana nostalgia, una nostalgia que no sé de dónde viene, y sobre todas las tristezas del mundo la tristeza de haber muerto mamá, de cuando yo volví de la facultad de económicas y abrí con mi llave la puerta de nuestro piso octavo y mamá estaba allí en decúbito prono en la cocina con un rictus de angustia en su rostro diabético, con la boca torcida y desnivelada como una consecuencia visible de los efectos externos del derrame cerebral que le había dado según oí comentar a alguien en el velatorio: todo el rostro torcido por los efectos externos del derrame cerebral que le ha dado. Mamá muerta sin haber podido ver cómo me licenciaba en ciencias económicas en la rama de administración de empresas, como ella quería. Mamá muerta aquella mañana vestida con su ropa ordinaria de ir al trabajo, al trabajo que le gobernó tío Anselmo, portero del edificio austria, y que consistía en limpiar los aseos de la caja de ahorros del edificio austria y después fregar los ascensores del edificio austria, y luego dar una pasada con la fregona por todos los pasillos del edificio austria, y también limpiar los cuatro recipientes gigantes de sacar la basura del edificio austria, aquel trabajo del que tío Anselmo se sentía satisfecho de haberle gobernado y lo decía así mismo: gobernado. Mamá muerta con treinta y nueve años en decúbito prono como ponía el informe del juzgado. Muerta para siempre sin que yo la pudiera curar de aquello como a veces se cura o se puede curar una enfermedad con besos. Mamá tirada allí como un payaso disfrazado de mujer. Mamá de signo

piscis. Mamá alegre en las fotos que tenemos de un viaje a Benidorm. Mamá cuando firmaba y ponía Úrsula Sánchez con unas letras grandes y puntiagudas. Mamá peinándose. Mamá cuando iba al cine y llevaba en el brazo su rebeca granate de entretiempo. Mamá partiendo muy graciosa trocitos pequeños de cebolla y llorando y riendo al mismo tiempo. Mamá con pelo largo. Mamá con pelo corto. Mamá muy maquillada en Nochevieja. No sé bien de qué hablo cuando hablo de mamá. Solo sé que ella ha muerto y yo soy débil, débil como una leona joven que vi una vez en un documental de televisión y se llamaba Pinga y era incapaz de salir de un cercado de alambre y de alimentarse por sí misma. Mamá ha muerto y siento vértigo ante la vida y sueño con sucios espejos de secretas mentiras y con un demonio aullador de ojos rojos que me echa de aquí y con herir con cuchillos en el costado de la felicidad. Yo quiero ir con mamá al lugar sin lugar del infinito, por eso le he escrito una carta a Dios, porque quiero irme de aquí, quiero ir con mamá al lugar sin lugar del infinito, a ese lugar que yo imagino dulce y lleno de algodón, ese lugar donde todo debe de ser muy lento y los seres se besan en los párpados con besos que duran cuartos de hora. Ese lugar donde no hay espejos, donde no hay que comer y la gente es delgada y todos visten como yo visto ahora, con esta especie de hábito blanco que me llega al tobillo, y también van descalzos y pisan bayas tiernas que renuevan los ángeles y hay tapias azules como en esos pequeños pueblecitos de la isla de Creta que vi una vez en una enciclopedia del instituto, tapias azules por las que corren vivarachas muchas lagartijas y salamanquesas españolas. Ese hermoso lugar donde todo se amnesia y se borra lo triste de mi vida, y se borra papá y la yaya llorando y el cáncer de tío Anselmo y las manos artríticas de tía Julia y el decúbito prono y el rictus de mamá y mis compas de clase y se borra el eccema y se borren los granos de mi cara y esa cosa en los nervios, esa cosa en los genes, que tenemos las tristes, las rotas, las suicidas. Y ahora cierro mis ojos, me dispongo a soñar quieta y vacía, a soñar que me voy, que me estoy yen-

do, que todo ha terminado más acá de mi vida, a soñar con lebreles que se hunden en nubes y luchar contra cosas que apenas puedo ver y con un río de sangre que me cae por mis piernas mientras mamá me mira desde allí, desde ese lugar sin lugar del infinito, preguntándome sin palabras con sus ojos abiertos, muy abiertos: ¿Qué te pasa, Belén?, y yo le respondo: Todo va bien, mamá, tan solo estoy sangrando.

2.^o Premio

El último viaje

Manuel Tránsito Marco

I

El tren se detuvo. La parada era corta y los viajeros que lo sabían abandonaron los vagones apresuradamente. Tras ellos, un anciano descendió al andén con gran esfuerzo. Mal vestido, sin equipaje, desorientado, se detuvo unos momentos, miró a su alrededor y se fue al encuentro de la pareja de la Guardia Civil que patrullaba por la estación. Sin mediar ninguna explicación, les dijo:

—Me llamo Martín Vidoso y quiero que me lleven preso, porque he hecho una barbaridad.

Sus ropas eran antiguas. Presentaba un aspecto trasnochado y movía a compasión. El interventor del tren se acercó a los guardias y les contó que aquel hombre viajaba sin billete y que le hizo bajar en esa estación porque le parecía más humano dejarlo allí, en un pueblo grande, que en el primer apeadero que hubieran encontrado.

El viaje de Martín terminaba aquí, pero había comenzado setenta años antes, cuando vivía en un diminuto pueblo, hoy abandonado, por el que un día pasó el tren: unas pocas casas habitadas, una pequeña iglesia que apenas podía tenerse en pie y belleza y soledad en el horizonte. No había más niños en el pueblo. Solo su hermano mayor, Lorenzo, que le sacaba siete años y trabajaba con su padre en el campo. El colegio estaba en el pueblo grande, a unos cuatro kilómetros, que recorría muchas veces a pie y algunas en el mulo del cartero.

Cuando volvía del colegio, Martín jugaba solo hasta que anochecía. Lo que más le gustaba era andar sobre las traviesas de la vía abandonada. Pasaba de una a otra dando pequeños sal-

titos y contaba cada paso que daba. Llegaba sólo hasta el último número que había aprendido en la escuela y entonces regresaba. Martín contaba las traviesas a medida que las pisaba: una, dos..., veinticinco, veintiséis..., doscientas ocho... Cada pocos pasos se paraba y miraba hacia atrás para comprobar que todavía se veía el pueblo y para felicitarse porque ese día estaba llegando muy lejos. Martín aprendía muy deprisa en la escuela. Para él era un premio pasar muchas horas al abrigo de las lluvias y del cierzo, al calor de una estufa de leña, aunque a veces hiciera humo, en compañía de otros niños como él. Allí no se le estropeaban las manos como a su hermano, que las tenía destrozadas por el castigo de la intemperie y el roce con las herramientas del campo. Atendía sin descanso las explicaciones de su maestro, don Luciano, un hombre sabio y sencillo que llevaba ya treinta años en el pueblo y que aspiraba a jubilarse y morir allí. A Martín le apasionaban las matemáticas. Se sentía poderoso cuando daba con el resultado de un problema. Era igual que cuando se imponía a las ovejas del rebaño de su padre y las obligaba a entrar ordenadamente en el redil.

Y cuando llegaba a casa, después de ayudar a su padre con las ovejas y de ordeñar a las cabras, volvía a la vía abandonada y saltaba de traviesa en traviesa, contándolas, recitando con esmero los números que nombraba por primera vez, saboreando su sonido y frenando un poco la marcha para notar el contacto de sus pies con unas vigas que nunca antes había pisado.

Martín recordaba de forma especial el día en que don Luciano le enseñó los millares. Desde su casa, mientras merendaba, observaba la vía e intentaba imaginar hasta dónde iba a llegar con sus mil pasos. Comenzó a caminar. Al principio despacio, sorteando sin mucho interés los primeros cientos de traviesas. Conforme se acercaba al millar fue aumentando la marcha. Por fin llegó a la traviesa número mil. Martín se paró en ella, disfrutó del momento y la marcó con un montón de piedras. Allí se quedó un buen rato hasta que decidió regresar. Al día siguiente volvió a

caminar sobre las traviesas. Muy pronto se topó con el montón de piedras que había colocado el día anterior. Decidió continuar su camino, pero comprobó que las siguientes traviesas, todas nuevas para él, no le inspiraban la emoción de otras veces. Intentó llegar a la dos mil. Ese día no lo consiguió. Le atacó el pánico cuando volvió la vista y le costó identificar la silueta de su pueblo. Sin embargo, al día siguiente superó sus miedos y colocó un segundo montón de piedras en la traviesa número dos mil. Se sentía tan seguro, tan poderoso, que continuó caminando sobre la vía con una sonrisa radiante en su rostro. Tardó mucho tiempo en mirar hacia atrás y cuando lo hizo se sintió tremendamente solo. Ya no veía su pueblo. Ni siquiera la silueta de la torre de la iglesia. Una tenue bruma cubría el horizonte.

Iba a regresar apresuradamente, pero sintió miedo. Anocheceía, los alrededores se tornaban pardos y la oscuridad lo mantenía inmóvil. Martín empezó a sollozar, a rendirse, pero por un momento le pareció que justo enfrente de él se vislumbraba un edificio entre la bruma. Corrió sobre las traviesas, tropezando con ellas y con las piedras que sustentaban la vía, y no paró hasta que pudo ver con más claridad qué edificio era aquel: la estación abandonada del pueblo grande. Ya era de noche cuando Martín llegó allí. Estaba cansado, asustado. Le dolían las piernas por el esfuerzo y por el escozor de los múltiples rasguños que se había hecho con la maleza que cubría la vía. Deambulando entre las ruinas encontró una estancia que consideró menos sucia y descuidada que las demás, se acurrucó en un rincón y se quedó dormido.

Cuando despertó, el sol todavía no había salido, pero por las ventanas rotas se colaba la claridad del amanecer. Estaba dolorido y tiritaba de frío. Se sentía sucio, como el lugar en el que acababa de dormir y que ahora podía observar con precisión: había escombros, cristales rotos, restos de comida, excrementos de animales y tal vez de personas. Cerca podía ver el nuevo apeadero, una pequeña cabaña en la que seguro que hubiera pernoctado en mejores condiciones. Salió de allí y miró alrededor para ver

dónde estaba. No le costó mucho distinguir las primeras casas del pueblo grande. Se encaminó hacia ellas. Empezaba a amanecer. Un pequeño perro ratonero le ladró sin convicción. En la plaza se topó con el cartero, quien nada más verlo comenzó a gritar, alertando a los hombres del pueblo, que comenzaron a salir de la casa del alcalde. Estaban allí reunidos para organizar la búsqueda de Martín por el monte. El último en salir fue su padre. Se acercó hacia él en silencio, dejando atrás a los demás. Cuando lo tuvo a su alcance levantó la mano y propinó a Martín una bofetada tremenda que lo derribó y lo dejó en el suelo aturdido y conmocionado. Le dolía la cabeza y escuchaba en su oído izquierdo un zumbido que se tornaba insoportable por momentos. Al levantarse se sentía mareado. No podía mantenerse en pie. La mujer del alcalde lo sujetó por un brazo y lo llevó a su casa mientras le reprochaba su ocurrencia. Le preparó un caldo caliente para reanimarlo. Martín intentó tomárselo, pero al beber el segundo sorbo sintió unas terribles arcadas, vomitó lo poco que había comido y se desmayó.

II

Don Luciano siempre animó a los padres de Martín para que le dieran estudios. Ellos se negaban obstinadamente porque no tenían medios, no conocían a nadie en la ciudad y no se hacían a la idea de tener al crío lejos de casa. Don Luciano insistía en que eso no debía hacerles desistir, que él les ayudaría. Sin embargo, el tiempo pasaba y los padres no daban su brazo a torcer.

Por fin, un día don Luciano les dio un ultimátum. Se presentó en su casa de improviso y les dijo que era imposible que Martín siguiera en la escuela. Era el más mayor de los alumnos y no podía prestarle la atención necesaria. Martín se aburría, le faltaban alicientes y estímulos y estaba perdiendo un tiempo precioso para su formación. Por fin la madre convenció a su marido y se lo dijo a don Luciano. Semanas más tarde el maestro se presentó

en casa de los Vidosa con varios documentos: la concesión de la beca, la dirección de un internado en el que le habían admitido y el billete de tren para que el 1 de septiembre se marchara a la ciudad. El billete era un regalo de don Luciano. Martín estaba feliz. A falta de amigos con los que compartir su alegría, se lanzó al corral y se dedicó a soliviantar a los animales con gritos y carreras desaforadas.

El verano transcurría con normalidad. Los hombres apuraban las faenas del campo. Martín colaboraba con entusiasmo. Su madre, mientras tanto, iba preparando la ropa para su hijo pequeño. Remendaba algunas piezas, arreglaba viejos pantalones de su marido para que pudiera llevarlos Martín... A la madre le preocupaba que su hijo pasase por un pordiosero y se afanaba en dejarle la ropa en un estado lo más digno posible. Pero más que el aspecto le preocupaba su salud. Desde aquella aventura desgraciada algo no iba bien en la cabeza de Martín. El ruido de su oído izquierdo, que siempre estaba allí, a veces aumentaba hasta producirle mareos y ataques de cólera incontenible. El médico del pueblo, incapaz de solucionar el problema, lo mandó al especialista de la capital. Pero tampoco le dieron una solución y lo devolvieron a casa con unas gotas tranquilizantes para los momentos de crisis. Mientras el ruido se mantenía contenido, Martín incluso se olvidaba de él. Pero, cuando su intensidad crecía, las reacciones de Martín eran cada vez más imprevisibles, como aquel día en que la emprendió a patadas con las ovejas y desgració a dos de las más hermosas. Además no oía nada por el lado izquierdo y adquirió el hábito de girar la cabeza para ofrecer el oído derecho cuando alguien le hablaba. La costumbre se convirtió en tic involuntario del que la gente solía hacer burla.

A finales de julio llegaron al pueblo rumores de guerra. Aquello no pareció afectarles. Por esos lugares no se hablaba de política y no había rencillas que pudieran acentuarse con la contienda. Sin embargo, unos días después de la Virgen de agosto, llegó una carta oficial para Lorenzo. El ejército republicano lo

movilizaba. En una semana debería incorporarse a filas. La madre, sin decir nada, soltó el nudo del pañuelo paquetero en el que había preparado toda la ropa de Martín, la fue sacando poco a poco y la metió con cuidado en la cómoda. En su lugar, comenzó a colocar las ropas del hermano mayor, ropas de hombre que no tuvo tiempo de arreglar como hubiera querido.

Llevaron a Lorenzo al pueblo grande en un carro que les prestó el cartero. Allí cargaron el pañuelo paquetero, un petate y una cesta con viandas y allí se subieron los cuatro, con su padre conduciendo los pasos del mulo por el camino de tierra. Cuando Lorenzo subió al tren, su padre se volvió hacia Martín y le dijo:

–Zagal, se han acabado las tonterías esas de los estudios, ahora a picar con tu padre en el monte.

Martín trabajó durante meses hasta la extenuación. El agotamiento le ayudaba a olvidar el fracaso de sus planes y aplacaba los momentos de ira que le provocaban sus dolores de oído. Los domingos por la tarde, en el café, escuchaba atentamente las conversaciones de los viejos por si oía alguna referencia al final de la guerra, pero lo que para todos iba a ser una escaramuza rápida acabó siendo un conflicto de una violencia y una duración imprevisibles. Martín comprendió que su hermano tardaría en volver.

Unos meses más tarde, llegó un telegrama. Debían recoger a Lorenzo en la estación de la capital, a unos cincuenta kilómetros de su casa, dos días después. La madre se puso en lo peor y estuvo en un llanto los dos días. El padre volvió a pedir al cartero el carro y el mulo y se pusieron en camino.

Llegaron a la estación mucho antes de la hora anunciada. Se sentaron en un banco en el andén, al lado de la cantina, y esperaron. Llegaron otras familias que también iban a recoger soldados. Martín, algo ajeno a la tensión de la gente, observaba la estación con curiosidad. Allí hubiera comenzado su aventura de estudiante. Allí se habrían ido marcando los hitos de su carrera, al ir y venir al inicio de las vacaciones o al reanudarse los cur-

sos. Llegó el tren. Todos se acercaron al convoy, estremecidos y temerosos. Poco a poco fueron saliendo los soldados. Lorenzo no aparecía. Su padre se acercó a cada una de las puertas de los cinco vagones por las que salían los heridos con secuelas diversas, pero no lo vio. Mientras Martín esperaba con su madre, se acercó a ellos un hombre de uniforme que les preguntó: “¿Son ustedes familia de Lorenzo Vidosa?”, y les pidió que lo siguieran hasta el convoy. Martín fue el primero en subir por la puerta del vagón que el soldado les indicó. Entraron en una gran sala en la que se alineaban tres filas de camas. Lorenzo ocupaba la tercera cama de la fila central. En ese momento dormía. Su rostro estaba relajado, sus facciones no reflejaban sufrimiento. Solo unos instantes después repararon en las piernas. Fue un instante antes de que el soldado se lo explicara con las mejores palabras que encontró. El cuerpo de Lorenzo sobre la cama tenía un aspecto extraño. La forma de las piernas bajo la sábana desaparecía mucho antes de alcanzar los pies, que no existían. Le habían amputado las dos piernas un poco por encima de las rodillas.

–Una granada –explicó el soldado.

III

Años después en el pueblo sólo quedaban Lorenzo y Martín. Lorenzo logró adaptarse a su nueva situación, pero su padre no aceptó nunca aquella desgracia. No le parecía que Martín tuviera arrostos para llevar las tierras y veía la ruina en el futuro con tanta claridad que la rabia le atenazaba a veces y maldecía entre sollozos aquella guerra de la que solo tuvieron noticias por las heridas de Lorenzo. Tal vez fue esa rabia la que adelantó su muerte, que le sorprendió mientras dormía una noche heladora de enero. La madre intentaba compensar con sus desvelos tanta desgracia, pero la melancolía la consumió día a día hasta convertirla en una anciana demente que murió creyendo que vivía entre extraños. Sin embargo, pese a los temores de su padre, Martín llevaba las

tierras con diligencia y las cosechas rentaban. Lorenzo hacía algunas de las faenas de la casa desde una rudimentaria silla de ruedas. Se la consiguió don Luciano en el asilo de la capital al que lo llevaron sus sobrinos en contra de su voluntad. Los dos hermanos hablaban poco, pero Martín cuidaba de Lorenzo como si fuese un bebé. Lo lavaba y afeitaba con primor, procuraba que estuviera siempre cómodo y limpio, y se aseguraba de que no le faltara de nada. En los atardeceres de verano colocaba a su hermano a la puerta de la casa, se sentaba con él y los dos contemplaban en silencio el horizonte cortado por la vía abandonada, cada vez más oculta por la maleza.

Un día Martín se levantó más cansado de lo habitual, se sentía torpe y pesado. Sus calzones estaban húmedos porque no había podido contener la orina. Alcanzó la habitación de su hermano apoyándose en las paredes y cuando llegó a la cama de Lorenzo estaba exhausto. Mientras lo sujetaba por las axilas para sentarlo en la silla, perdió el equilibrio. Su hermano se precipitó al suelo, golpeó la tarima con la cabeza y quedó tendido con la mejilla derecha apoyada en la madera, los ojos extrañamente abiertos y la mirada perdida. Martín notó que el ruido de su oído comenzaba a sonar con más fuerza. Llamó a gritos a su hermano pero no le contestaba, lo creyó muerto y lloró por él. Se sentó a su lado, acariciando su escaso pelo blanco. Estuvieron así mucho rato, hasta que por fin Lorenzo comenzó a balbucear y vomitó. Martín contempló inmóvil el panorama. Le dolía la cabeza. De repente se levantó del suelo, trastabillando un poco, marchó decidido hacia la despensa y buscó detrás de la puerta una vieja escopeta de su padre. La cargó con dos cartuchos, regresó junto a su hermano, lo encañonó con frialdad y le disparó dos veces.

Se sentó en la cama. Apoyó la escopeta a su lado, pero no la soltó del todo. Permaneció inmóvil durante horas con la mirada fija en el cadáver de su hermano, incapaz de decidir qué iba a hacer a partir de ese momento. Necesitaba pensarlo bien, pero ese maldito ruido en su cabeza lo mantenía atado a la cama, a la

imagen de su hermano y a la sangre y la suciedad que se extendían por la habitación. Sin embargo, cuando por fin logró levantarse, ya había tomado su decisión. Se fue a su alcoba, recogió de su mesilla algo de dinero y el billete de tren que le regaló don Luciano. Se vistió con el traje de bodas de su padre y se marchó al apeadero del pueblo grande. Fue andando por la vía abandonada. Todavía pudo ver el mojón que marcaba las mil traviesas y las ruinas de la estación vieja en la que pernoctó cuando era niño. En el apeadero no había nadie. Esperó mucho tiempo, tal vez horas, hasta que llegó un tren y se subió en él. Los viajeros lo miraban, unos con prevención, otros con pena. El interventor, sorprendido al principio, se conmovió al ver que el anciano le enseñaba un viejo papel como si fuera el billete. Le dejó sentarse en un asiento apartado mientras pensaba qué hacer con él. Martín miraba por la ventanilla, sorprendido al ver lo deprisa que pasaban las cosas ante su mirada. Era su primer viaje en tren.

Premio Especial
Monegros

María Dorondonera

Héctor García Barandiarán

En las tierras de aquel enorme llano todo ha sido siempre igual. Los veranos de eterno fuego y los inviernos heladores. Todos los días de San Miguel los jornaleros han terminado sus acuerdos, la tierra ha sido siempre propiedad de las mismas casas y el cierzo nunca ha dejado de venir del mismo sitio. Precisamente por eso los pastores como Ramón, de casa El Ciego, siempre se refugian en muretes o se esconden en los huecos de los grandes peñascos que gobiernan el seco páramo.

Cuando se acerca el invierno, en la soledad de la covacha donde se refugiaba, Ramón siempre recuerda el día en que, siendo un chaval, su hijo Julián desapareció una noche. El pastor fue a buscarlo por las calles, por las casas, en el campo y por el monte, pero no lo encontraba. La angustia de poder encontrar el cadáver del niño en una güebra o flotando en la balsa le hizo recorrer todo el monte. Con el tiempo acabaría descubriendo que el zagal había subido a lo alto del peñasco para jugar y al llegar la noche no encontró el camino de descenso. Pero en aquel momento solo pensaba en alcanzarlo antes que el alba porque, si seguía con vida, las heladas y el dorondón matarían o mellarían para siempre a su hijo.

Ramón ya era viejo y agradecía a la gran piedra que su niño cayese por casualidad en una de sus grietas y quedase allí encajado tras golpear su cabeza. Aún al recordarlo no sabe cómo pudo sobrevivir toda la noche en el interior de la piedra, dentro de la tierra, la misma que lo vio nacer. Todavía al hacer memoria creía que había sido un milagro que esa mañana no se escarcharan las almendreras ni se helaran los campos. Esa mañana en la que, al regresar a casa exhausto, oyó llorar a un niño en el interior de la tierra. Al salir los primeros rayos de sol Ramón agarró a su hijo por

la cabeza y lo extrajo, a puro de fuerza y restregones, de la raja donde estaba encajado. Julianer, con la cara cubierta de sangre, lloraba a gritos y al menos eso indicaba que estaba vivo, como pensó su padre, milagrosamente vivo, otra vez.

Desde entonces siempre visita la gran formación para agradecerse. Él se solía refugiar en un hueco de la gran mole y allí le iba contando tarde tras tarde, año tras año, cómo crecía Julián, cómo se hacía un hombre fuerte y trabajador, orgullo de todo Lucién.

Un día Ramón, de casa El Ciego, se escondió en el agujero donde solía. Mientras chupaba un trozo de regaliz que había cortado hacía un momento vio acercarse a una mujer que salía de entre unas matas. Con dificultad iba sorteando las soseras aproximándose desde lejos. Al pasar cerca del agujero ni se percató de que el escondite existía, por supuesto tampoco debió de ver al viejo. La joven estaba helada y se agarraba a una oveja grande para entrar en calor. Desde su posición el hombre la miraba escondido y en silencio. Muchos años hacía desde que no se paraba a mirar a una mujer. La chica tenía el pelo negro y revuelto. Era bonita pero con una cicatriz en la frente que le cruzaba hasta la nariz. Su piel brillante y tostada, sus formas delicadas, de línea espléndida y atractiva. El pastor chupaba su regaliz, también distinguía que la niña andaba sucia y coja de un pie, descalza y magullada en sus pantorrillas duras. Un tiempo estuvo Ramón observando desde la cueva cómo se apretaba a los corderos y se frotaba con sus lanas para calentarse. Cuando aquella imagen sació por completo al hombre, este saltó con cuidado y se dirigió a la muchacha:

–¿Quién eres? –preguntó de pronto.

–Soy María, de Villarribera –contestó ella sin interrumpir su actividad, sin alterarse, como si esperase la aparición del pastor en cualquier momento. Entonces ella lo miró y Ramón pudo ver sus ojos negros y brillantes. Entre sollozos le habló:

–Señor, me han echado de casa y vengo huyendo desde mi pueblo. Mi padre me quiere matar y... aquí hace un frío de muerte...

–No te preocupes, que si te quieren matar no te van a encontrar, que yo te puedo guardar en mi casa mientras tú quieras. Ven a vivir con mi hijo y conmigo. Ahora sí, tendrás que ayudarnos a nosotros también, que si hemos de volver con hambre a casa nos has de tener lista la casa y la comida para dejarnos bien. Y, si todo va bien, tú contenta y nosotros también –dijo él, y al final pensó, y no dijo, que falta les hacía ya una mujer a los dos.

Llegaron los dos a la casa. Julián había salido a por leña y su padre introdujo a la niña en el pequeño edificio de adobe y cañizo. En la entrada había una reja con gallinas; sobre una piedra, arrinconado, estaba el gallo. María lo vio, estaba observándola, la vigilaba, era un pollo solitario que la miraba con los ojos fijos. La chica se sintió asustada. Ramón encendió el fuego y preparó un balde con agua para que su invitada se lavase. Junto al hogar la chica se fue quitando la ropa mientras el viejo observaba algunas heridas y cicatrices en la piel del cuerpo de la joven, lisa, brillante por el cercano y cálido reflejo ígneo. Él cogió la pantorrilla herida y palpó la linda extremidad mirando con atención. Su piel estaba tostada pero su tobillo tenía un color especial. Arrodillado junto a los pies de la morena, el hombre alzó la mirada en una vertical paralela al cuerpo desnudo y dijo que habían de curarle ese mal. Cuando la chica estuvo limpia y vestida con unas mudas que había por casa, el pastor le aplicó unos barros que preparó, tal y como lo hacía para curar a las ovejas.

Pronto regresó Julián. María descubrió al apuesto zagal, tenía poca más edad que ella, era grande y moreno. A la cojica le pareció guapo. El chaval también se fijó en la chica, la saludó y sin dejar de mirarla a la cara preguntó a su padre por ella. Entonces el padre abrazó su cintura, la atrajo hacia él y sonriendo contó lo mismo que ella le había dicho. Al mozo le agradó y comenzó a

bromear con ella. María aguantaba la mirada en el suelo por el rubor que le producían los ojos de Julián. Poco más sucedió durante su primer día en Lucién.

La casa era pequeña, pero los hombres estaban poco por ahí. La coja descansaba su pierna pero trataba de ir haciendo más habitable el lugar. Lucién era todavía desconocido para ella. Pero pronto fue el pueblo el que tomó la iniciativa de conocerla a ella.

Las noticias vuelan por los pueblos de esta zona, entonces se convierten en chismes y todo el mundo los conoce. No tardaron ni un día en acudir a casa El Ciego las primeras visitas. Esperaron a la hora en que los dos hombres estaban trabajando, entonces María oyó gritar a una mujer en la puerta que preguntaba por Ramón. Renqueante, llegó al portal y allí se encontró con una mujer mayor, más que el pastor. Junto a ella había un hombre. La chica contestó que ellos no estaban, aunque sospechaba que ya lo sabían. El hombre era viejo, muy flaco, su cuerpo era larguirucho, su cuello terminaba en forma de gancho. Una boina cubría los ojos pero se adivinaban completamente despistados, más pendientes de las gallinas del corral que de las dos damas. No decía nada, era la mujer la que llevaba la voz cantante en aquella cuestión. Era muy bajita, pero estaba bastante gorda; sus extremidades, sobre todo sus dedos, eran carnes embutidas, regordetes y muy graciosos al moverse. Preguntó que quién era la muchacha.

María vio claro que esa mujer había obligado a su marido a acompañarla para dar solemnidad a su instinto más curioso. Él no hacía caso a nada de lo que la gorda hiciese o dijese, pero le seguía la corriente para que lo dejase tranquilo. Entonces la chica respondió que era pariente de Ramón.

—Así que pariente... Ah, sí, claro, tú debes de ser la de Flora. ¿Te acuerdas, Sebastián? La nieteta de Blas, el carretero, aquella que marchó hace años ya.

La conversación siguió durante mucho tiempo, o al menos a María se le hacía eterno aquel momento. La señora lanzaba

preguntas y aseveraciones sin necesidad de la réplica, continuaba la conversación sin respuestas. Mientras, Sebastián no decía ni una palabra, de vez en cuando dirigía su mirada a las dos mujeres cuando su esposa hacía alguna alusión a él. De no ser así se quedaba con las manos en los bolsillos, mirando al gallinero.

Al cabo de mucho tiempo el fuelle de Ascensión parecía decrecer. Esta comenzaba a estar más atenta a lo que la jovencita le contestaba. Pero, como la intención de la chica tampoco era la de dar demasiada información que la pudiese delatar, procuraba hablar lo menos posible. Así, aprovechó Sebastián de forma sorprendente para intervenir en el diálogo:

—Estas gallinas están un poco modorras, ¿no? Parece que no le hacen mucho caso al pollo, lo tienen allí apartado, aborrecido. El otro día estaba yo en el huerto picando...

Al oír esto su mujer apretó los párpados sin llegar a cerrarlos, entornó los ojos y giró lentamente el cuello hacia el flaco anciano. El hombre seguía hablando como si su esposa no existiese, pero sobre su discurso replicó ella:

—Tú sí que estás modorro, cada día eres más tonto. ¿Otra vez esa historia?... —entonces volvió su cara hacia la zagala y le dijo—: No le hagas caso, que este hombre no hace más que mentir.

—Y pasó una mujer por el camino. Yo no la conocía, pero era maja. Me preguntó que quién le podía vender un gallo joven como el vuestro. Entonces yo empecé a pensar quién podría tener uno para vender. La mujer no me quitaba ojo y seguía andando hacia mí mientras esperaba que le contestase. Como solo me miraba a mí y no al camino, metió la pata en un agujero y se cayó de culos. Ja, ja, ja... —reía Sebastián, gritando y abriendo la boca todo lo que podía, con lo que enseñaba los dos dientes que le quedaban—. ¡Venga las patas para arriba! ¡Y la falda se le vino para la cara y se quedó con todo el cepillo al aire! ¡Ja, ja, ja!

María no pudo aguantar la risa y trató de disimularla para que la señora gordita no se sintiese ofendida.

Ramón y Julián también se habrían reído si hubieran estado allí, pero el padre y el hijo tenían que estar limpiando de rastrojos un campo. Los dos trabajaron duro y hablaron poco, pero ambos pensaban en María. Llegó un momento en el que el chico preguntó a su padre qué iban a hacer con la chica, y el mayor no desveló sus intenciones. Ambos parecían interesados en ella, pero no sabían en qué medida, jamás lo hablaron. Una vez limpio el campo, regresaron a casa. De camino al hogar se encontraron con Ascensión. Ramón solo asentía y escuchaba a la gorda; de esta forma se enteró de la versión oficial de su mentira, ya sabía lo que debía decir a partir de entonces.

La niña los esperaba en la puerta, junto al gallinero. Los hombres saludaron y comentaron a María la charla con la vecina. Julián le advirtió que, según lo que la mujer les había contado, ella era hija de una hermana de su madre. Entonces la joven preguntó por esa mujer, su supuesta tía, la mujer de Ramón. Al principio solo hubo silencio; después de un rato, el viejo contestó:

–No te preocupes de ella. Está en la tierra –sonrió–. Ya hace muchos años, ella es ya la tierra. La tierra que hizo crecer la hierba que se comió el cordero que sirvió de cena popular en las fiestas de hace tres años. Ella es todos nosotros y todo esto.

Tras esto entró en casa y se quedaron los dos jóvenes en la puerta, mirándose sin decir nada. Él sonreía con placentera expresión, la chica mostraba un rostro de solemne admiración. En este momento la voz de un niño interrumpió la escena. Llamaba a Julián. Ambos lo miraron de pronto. Era un pequeño de unos ocho años, tenía los ojos muy grandes y negros, la nariz chiquita, cubierta de pecas, y sus rodillas con heridas. Se movía con mucha gracia, como una marioneta, impresión que se acentuaba por el desproporcionado tamaño de su cabeza y sus orejas. Con mucha gracia el chico les trajo un mensaje del cura. Al parecer los ru-

mores vuelan y se había enterado de que tenían visita y la quería conocer. Los dos jóvenes pensaron involuntariamente en la gorda. Además don Lorenzo quería hablar con los hombres acerca de sus viñas, por lo que anunciaba que al día siguiente por la noche se invitaba él mismo a cenar en casa El Ciego. María sonrió al zagal y le preguntó que quién era. Este contestó que se llamaba Pedro y que era monaguillo; después, el chico se rió del gallo porque decía que era muy feo, y así se marchó a su casa sin despedirse.

A ella esto le hizo mucha gracia, pero no a Ramón. Cuando el viejo se enteró se echó las manos a la cabeza. Los jóvenes no entendían el disgusto del mayor, estaba muy nervioso andando de un lado a otro de la casa, con las manos y la voz temblorosas.

—¿No entendéis? Si la gorda se entera de que esta está aquí no pasa nada, porque cree que es pariente mía y no va a salir del pueblo. Pero el cura... Los curas son diferentes, ellos se escriben cartas, viajan, se reúnen en sínodos y concilios para elegir papas o ponerse de acuerdo en cómo se explica un versículo. Pronto caerá en la cuenta de cuál es tu verdadera casa y te denunciará a tu padre.

El hombre estaba muy nervioso, no paraba de moverse y trató de hacer comprender a los jóvenes que la velada debía ser perfecta para que don Lorenzo no sospechara nada. Ramón tenía la idea de que si no se le daba pie a la duda esta no surgiría. Por este motivo se dedicó a aleccionar a los muchachos. Se pusieron de acuerdo en cuál era la historia que había que contar. La versión de Ascensión sería la oficial, todos lo aceptaron. La cena era muy importante, por el estómago se podía vencer a don Lorenzo. El cerebro de la banda dispuso que cenarían los bolinches que guardaban para el día de la fiesta y un pollo. Todo debía salir perfecto.

A la mañana siguiente Ramón despertó a María antes que el gallo, y le dijo que ese día había mucho que hacer y que debía empezar. Ella no se desprecaba, el hombre la obligó a ponerse a

trabajar sin desayunar y su estómago gritaba como un gato rabioso. Pronto limpió la casa y fue al gallinero. Allí estuvo escogiendo un pollo sano y gordo para cenar. El gallo, como siempre, estaba apartado y la miraba fijamente, tanto que a la moza le daba miedo acercarse a él.

La chica comenzó a hacer la comida. Mientras manejaba aquellos manjares le parecía estar notando su sabor solamente con el tacto de sus manos. Para ella, cocinar el pollo hubiera sido como saborearlo si no fuera por los calambres que le estaba dando el estómago.

Llegó la hora de la comida pero, como Ramón le había explicado, en aquella casa eran demasiado pobres y una cena de tal calibre no se la podían permitir, así que la comida había que pasarla con sopas y un puñado de olivas. En aquel momento a María le supieron a gloria.

Al caer la tarde, casi desfallecida, comenzó a preparar los bolinches. Según se cocían sentía que su hambre no era ya tanto deseo de comer como un dolor que comenzaba en su estómago y se extendía por todo su cuerpo, concentrándose en las sienes. La muchacha miraba fijamente cómo se doraban unas cabezas de ajos en las brasas y su boca se llenaba de saliva. Llegaron los hombres y sin decir nada los tres esperaron la visita silenciosamente sentados. Pasaban las horas, el pastor no dejaba comer a la chica porque debía esperar al mosén. Entonces un grito en la puerta sobresaltó a los entronados. Era el niño Pedro, entró en la casa con el permiso del patriarca y se dirigió a su público:

—Que me ha dicho don Lorenzo que tiene un muerto en Lapardera. Que llegará muy tarde o igual ni viene porque entre ir, venir y las comedias que tiene que hacer allí con el difunto... Calcula, ¡en burro que va!

Despidieron al gracioso chaval y se miraron los tres. Ramón dijo que debían esperar al cura. María perdía las fuerzas y preguntó si podía comer algo. El hombre le contestó con gravedad que

tuviese paciencia, había que esperar a don Lorenzo y era descortés invitar a alguien con la tripa llena.

Las horas pasaban y la muchacha desfallecía. Finalmente, el pastor le permitió que cenase. La niña comió bolinches de forma compulsiva, terminó su plato y comenzó otro, continuó comiendo hasta hartarse. Los hombres siguieron esperando. No pasó mucho tiempo desde que ella recogiera su plato hasta que se oyó el portón de entrada.

Era un hombre alto, menos viejo que Ramón, fuerte y colorado, con poco pelo y gruesas manos. El patriarca presentó a la muchacha, que prefirió no hablar mucho para no estropear la opereta que tenían preparada.

Pese a los temores del viejo, el cura no pareció prestarle más atención a la chica que a esa cena que con diligencia servía. Entonces el señor de la casa la llamó y le susurró que debía cenar como si no lo hubiese hecho aún, para que el cura no se percatase de su falta de buenos modales. Durante la cena el discurso fue casi exclusivo de don Lorenzo, comentó algunos temas que no tenían que ver con la niña. Mientras oía al cura la pobre chica tenía que comerse otro plato de bolinches que, hasta arriba, había llenado Ramón para que el cura no sospechase. Con el pollo pasó lo mismo, la pobre creía que se iba a reventar, su vista comenzaba a nublarse y le costaba mantener el equilibrio. Servía el segundo plato caminando de forma ridícula, entre el sopor de la comida y su cojera particular.

La cena terminó con normalidad, pero cuando parecía que don Lorenzo iba a marcharse pidió hablar a solas con la muchacha. Fue entonces cuando los nervios atacaron con más fuerza a Ramón e incluso a Julián, que se había percatado del penoso estado de la niña y vio peligrar todo su plan.

Se metieron en un cuarto y cerraron la puerta, el cura delante y la descoyuntada zagala, que se descomponía a cada paso, detrás. Para el padre y el hijo se hizo interminable el cuarto de

hora que permaneció el representante del Espíritu con María. Finalmente don Lorenzo salió de la habitación, dejó la puerta abierta y la niña no salía. El gran caballero vestido de negro se puso la capa y el sombrero, cogió a su anfitrión por los hombros y con una expresión de fatiga y tristeza le dijo, mirándole a los ojos:

–Supongo que lo de la herida en la cabeza debió de ser un duro golpe para toda la familia. Da lástima ver cómo se quedó. No necesito saber más de ella, ahora comprendo la gran obra de caridad que haces a tus parientes manteniendo una temporada a la pobre chica para que su familia descanse estos días. ¡Es una carga, y una prueba que Dios nos manda! No lo olvides.

Después de decir esto, don Lorenzo abandonó la casa. Julián se apresuró hacia la habitación y encontró a la niña sentada sobre un camastro, apoyada en la pared, como una muñeca de trapo, con los ojos en blanco, la boca abierta y un hilillo de babas que comunicaba con su cuello. El joven trató de hacerla volver en sí pero no lo consiguió.

A la enferma le pareció estar pasando la noche en el infierno. No podía dormir tranquila, sufría dolores, sudaba, tenía pesadillas. La chica soñó. Creía que entraba en el corral del gallo, donde encontraba a Ramón, de espaldas, agachado. Entonces el viejo se daba la vuelta y la miraba con una viciosa expresión en la cara. Con la mano sujetaba al gallo por el pescuezo, éste la miraba de esa forma que tanto asustaba a María. Entonces el hombre partía el cuello del animal y éste dejaba caer su cabeza y hacía de su pico un manantial de abundante sangre oscura que caía al suelo. La chica se asustaba y huía pero él la perseguía con los ojos irritados y esa sonrisa cruel, con el pollo en la mano y el brazo ensangrentado. La chica se sentía atrapada a cada paso debido a su cojera. Las imágenes se repetían una y otra vez en su imaginación, sin poder huir.

Por la mañana, todavía enferma, la chica caminó hacia la fuente. El agua manaba de una piedra en una cueva donde

había que entrar para utilizar el lavadero. La chica se introdujo en el agujero sin pensar. Sola, todo estaba oscuro. Sus enfermas vísceras se sobresaltaron en un calambre intenso, tanto que la niña se desequilibró encaramándose al lavadero. Pudo apoyarse con las manos en el borde y sujetar su cuerpo, justo con su cara sobre el agua. Pero los dolores no cesaban, como si una bestia la estuviese devorando por dentro. La visión se le confundía. Creyó ver una figura reflejada en el pequeño mar. Era la imagen de una mujer mayor, con el pelo blanco y largo, que la miraba desde el fondo del lavadero. Sus ojos proyectaban una mirada hostil, la chica estaba convencida de que la quería matar. El demonio de su interior pareció desplazarse hacia abajo, el dolor llegaba a su máximo grado, tanto que María ya cerraba los ojos para perder el sentido. Notó cómo el monstruo que albergaba llegaba a su intestino inflamando de pronto el conducto. Todo aquel sufrimiento eléctrico, aquella tortura tan intensa se transformó en momentáneo placer y desahogo cuando expulsó por el ano el íncubo que tanto le hizo sufrir. De naturaleza etérea, en forma de gas, fruto del recocimiento interno de todos aquellos bolinches.

Abrió los ojos pero en el agua ya no estaba la inquietante figura. Aquel resoplido inundó la covacha con un olor nauseabundo, parecía que la fuente comunicase con el infierno y no manara agua sino azufres y demonios corrompidos. No era fácil permanecer en aquel lugar pero, al ser ese ambiente fruto de su propia entraña, la chica parecía incluso disfrutar, exhausta junto al lavadero, sudorosa después de aquel parto.

Resonaron voces en la cueva, alguien se acercaba. La chica se incorporó para que no notasen su mal y fingió estar lavando. Era la gorda la que entraba en el lugar; venía hablando con el niño Pedro, que le traía ropas en un canasto. Cuando entraron en la fosa saludaron a la joven. Ascensión empezó a lavar en el lado opuesto al que estaba la coja. De pronto la mujer dejó de hablar, inspiró profundo un par de veces y abrió mucho los ojos. Después, sin decir nada, golpeó con fuerza a Pedro en el cabezón. El niño

no sabía por qué le había caído ese trancazo, se fue corriendo y llorando. Las dos permanecieron en silencio, la gorda tenía miedo de envenenarse al tomar aire y pretendía disimular.

La chica regresó a casa El Ciego, tenía miedo, se creía embrujada. Al llegar a la vivienda se encontró a Ramón en el gallinero, estaba de espaldas y agachado. Se dio la vuelta, tenía el gallo en una mano. La niña, aterrorizada, salió corriendo, tan deprisa como la herida de su pierna le permitía. Sentía que alguien la perseguiría, quería huir, otra vez, salvar la vida huyendo otra vez, por sus pecados, por su culpa. Pero no marcharía sola, quería encontrar a Julián para decirle que se fuera con ella, para pedirle que escapasen juntos de los demonios de Lucién. Para decirle que estaba enamorada.

Donde la tierra se levantaba y se convertía en montaña, y donde la montaña se levantaba y se convertía en hombre, Julián en lo alto, allí lo encontró. Desde abajo María gritó su nombre, pero arriba el cierzo es muy fuerte y no la pudo oír. La figura masculina del aguerrido muchacho desapareció en un momento. La niña no sabía por dónde subir, pero lo intentó como pudo. Para el zagal era muy simple, de niño siempre estaba por allí y lo conocía todo, bajó en un momento y llegó a casa para cenar.

En la puerta encontró a su padre, este le dijo que había visto a la moza salir corriendo y no sabía dónde podía estar. Era tarde ya. Los dos salieron a buscarla por el pueblo, después preguntaron por las casas, más tarde revisaron los campos, pero no la encontraron. Los dos hombres se asustaron y ya por la noche registraron el monte, incluso la balsa, por ver si la encontraban. Pero tampoco allí. Ramón le dijo a Julián que debían regresar a casa porque las últimas horas de la noche y el alba son las peligrosas; era el tiempo del dorondón y les podía hacer mucho daño. Pero el chico quería seguir buscando a su enamorada pasase lo que pasase, no le importaba otra cosa, solo podía pensar en ella. Llegó la helada y el sol, y la mañana, pero no María. Los dos

hombres lloraban. La chica se había ido, los había dejado, otra vez. Regresaron al pueblo, pasaron junto a la gran piedra, el sol daba de lleno en sus primeras horas presentando un imponente muro dorado, rojizo y tostado. Ambos se detuvieron para expresarle su dolor a la tierra, a la piedra. Miraron arriba y vieron la raja del muro abierta, ensangrentada. Fueron a mirar y allí, encajada, rota, encontraron a María, muerta.

Julián pensaba en la chica que no sabía por dónde se bajaba, no era de allí, su cojera la habría hecho caer desde lo alto y rodar hasta la grieta que la tragó. Para Ramón todo volvía a ser igual que siempre. Los veranos serán de fuego y los inviernos heladores, los jornaleros seguirán celebrando el día de San Miguel, los ricos serán siempre los mismos y no hay nadie que haga que el cierzo venga de otro sitio que no sea de donde ha venido siempre. Pero el viejo pastor de casa El Ciego sabía que para refugiarse del viento no volvería nunca a la gran roca.